

Milena Michiko Flašar

Le llamé Corbata

Traducción del alemán
de Sandra Santana

 Siruela

Nuevos Tiempos

Para Kris

*[...] qué retirado estás de este mundo
lleno de belleza y que tiene, tal vez, un sentido,
qué expulsado de toda perfección natural,
qué solo estás en tu vacío,
qué ajeno y sordo en este gran silencio [...].*

MAX FRISCH,
Respuesta desde el silencio

1

Le llamé Corbata.

El nombre le gustó. Le hizo reír.

Franjas rojas y grises en su pecho. Es así como quiero recordarle.

2

Han pasado siete semanas desde la última vez que lo vi. En estas siete semanas la hierba ha amarilleado y se ha secado. Las cigarras chirrían en los árboles. La grava cruje bajo mis pies. El parque parece extrañamente desierto en la luz intensa del mediodía. Las ramas cargadas de flores se inclinan cansadas hacia el suelo. Un pañuelo azul pálido en el matorral, el viento inmóvil. El aire es pesado y presiona hacia la tierra. Soy un ser humano comprimido. Me despido de alguien que nunca volverá. Ayer lo supe. No volverá nunca. Por encima de mí se extiende un cielo que —¿para siempre?— lo ha hecho desaparecer en su interior.

Todavía no puedo creer que nuestra despedida sea definitiva. En mi imaginación podría aparecer en cualquier momento, tal vez como algún otro, tal vez con un rostro diferente que me dice al mirarme: Estoy aquí. Sonreír a las nubes en dirección al norte. Podría suceder. Por eso estoy aquí sentado.

3

Estoy sentado en nuestro banco. En aquel que, antes de ser nuestro banco, fue mi banco.

Vine aquí para convencerme de que la grieta en la pared, aquella finísima rotura que atraviesa las estanterías, cumple su función tanto dentro como fuera. Dos años enteros pasé mirándola fijamente. Dos años enteros en mi habitación, en casa de mis padres. Tras los ojos cerrados dibujaba su línea rota. Estaba en mi cabeza, y desde allí se prolongó hasta llegar a mi corazón y a las arterias. Yo mismo era una raya sin sangre. Mi piel mortalmente pálida por la ausencia de sol. A veces añoraba su contacto. Imaginaba cómo sería salir fuera y comprender, al fin, que hay espacios que nunca se abandonan.

Una fría mañana de febrero cedí a mi deseo. Por la rendija, entre las cortinas, divisaba una bandada de cornejas. Volaban arriba y abajo y el sol sobre sus alas me deslumbraba. Un dolor abrasador en los ojos. Recorrí palpando la pared de mi habitación hasta la puerta, la empujé, me puse mi abrigo y me calcé los zapatos un número pequeños, salí a la calle y me interné entre plazas y edificios. A pesar del frío, el sudor corría por mi frente y experimentaba una curiosa satisfacción en ello: todavía puedo hacerlo. Puedo poner un pie delante de otro. No lo he olvidado. Todos mis esfuerzos por olvidarlo fueron en vano.

No intentaba engañarme. Al igual que antes, la cuestión era estar solo. No quería encontrarme con nadie. Encontrarse con alguien significa implicarse. Quedar anudado a un hilo invisible. De ser humano a ser humano. Nada más que hilos. En todas direcciones. Encontrarse con alguien hace que te conviertas en parte de su tejido; precisamente esto era lo que trataba de evitar.

4

En aquella primera salida en libertad condicional (porque es así como debe sentirse un preso que con su mirada enrejada lleva su celda alrededor y sabe perfectamente que no es libre); cuando

pienso, como digo, en aquella primera salida en libertad condicional, tengo la impresión de haber sido un personaje de una película en blanco y negro moviéndose por un escenario lleno de color. A mi alrededor chillaban los colores. Taxis amarillos, buzones rojos, vallas publicitarias azules. Su clamor me ensordecía.

Doblaba las esquinas, el cuello de la chaqueta alzado, poniendo atención en no tropezar con nadie. Me horrorizaba la idea de que la pernera de mi pantalón pudiera rozar el extremo del abrigo de alguien al pasar. Presionaba los brazos a los lados y avanzaba, avanzaba, avanzaba, sin mirar a derecha o a izquierda. Me espantaba pensar en la idea de que dos miradas, por azar, pudieran quedar apresadas, aunque solo fuera un instante, la una en la otra. Detenidas, durante unos segundos, la una en la otra. Sin poder desprenderse. Me causaba náuseas. Las contenía. Lleno hasta los topes. Cuanto más avanzaba, más sentía el peso en mi cuerpo. Era un cuerpo humeante entre muchos otros. Alguien chocó conmigo. Ya no pude contenerme más. Con la mano en la boca corrí hacia el parque y vomité.

5

Conocía el parque y también conocía el banco que estaba junto al cedro. La infancia lejana. Mi madre me habría hecho señas para que me acercara, me habría sentado en su regazo y me habría explicado el mundo señalando con el dedo índice. ¡Mira, un gorrión! Hacía pío-pío. Su respiración en mis mejillas. Un cosquilleo en la nuca. El pelo de mi madre ondeando lentamente a los lados. Cuando se es pequeño, tan pequeño que uno cree que va a continuar siéndolo eternamente, el mundo es un lugar acogedor. Esto fue lo que pensé al reconocerlo. El banco de mi infancia. Este banco en el que tuve que aprender que nada permanece igual y que, a pesar de todo, merece la pena estar en el mundo. Todavía sigo aprendiéndolo.

Él diría: Aquello fue una decisión.

Y, efectivamente, me decidí a atravesar el césped, a permanecer de pie junto al banco y a situarme frente a él. Me encontraba

solo, envuelto en silencio. No había nadie allí que pudiera sorprenderme rodeando una y otra vez el banco, en círculos cada vez más estrechos. El sabor en la boca al sentarme, finalmente. El deseo de ser niño de nuevo. De volver a mirar desde unos ojos perplejos. Me refiero a que fueron mis ojos los que enfermaron en primer lugar. Después les siguió mi corazón. Y así estaba yo, sentado, con un atuendo demasiado ligero. Más ligera aún la piel, bajo la que tiritaba.

6

A partir de entonces, me dirigí hasta allí cada mañana. Miré caer la nieve, la vi derretirse de nuevo. Un jovial arroyuelo. Al tiempo que llegó la primavera, llegaron los hombres y sus voces. Yo miraba con la mandíbula tensa. Un nudo en la garganta. Era la grieta en la pared. Era ella la que me separaba de aquellos que estaban tejidos entre sí. Una parejita de enamorados pasó a mi lado cuchicheando y caminando lentamente. Las palabras secretas que se agolpaban a mi alrededor me sonaban extrañas, como pertenecientes a una lengua desconocida para mí. Estoy feliz, escuchaba, indescriptiblemente feliz. Una empalagosa manera de hablar. Presioné el nudo tragando hacia dentro.

Dudo que alguien percibiera mi presencia; y de haberlo hecho, me habría considerado una especie de fantasma. Se ve algo de modo claro, nítido, pero no se puede creer lo que se ha visto y se parpadea reiteradamente. Yo era un fantasma de este tipo. Incluso mis padres apenas podían percibirme ya. Cuando me los encontraba en casa, en la entrada o en el pasillo, murmuraban un incrédulo «Ah, eres tú». Hacía tiempo que habían dejado de contarme entre los suyos. Hemos perdido a nuestro hijo. Ha muerto antes de que le llegara la hora. Seguramente era eso lo que sentían. Una especie de pérdida en vida. Pero comenzaron a resignarse, poco a poco. La tristeza que al comienzo podían haber sentido por mí cedió ante la certeza de que no estaba en su mano el recuperarme, y, por muy extraña que fuera la situación para ellos, en la propia extrañeza se instauró pronto un cierto orden.

Vivimos unos con otros bajo el mismo techo y, si no sentimos la urgencia de salir fuera, es sencillamente porque consideramos que es normal vivir así, bajo un mismo techo.

7

Hoy comprendo que es imposible no encontrarse con nadie. Desde el momento en que uno está aquí, respirando, se encuentra con el mundo entero. Un hilo invisible nos une a los otros desde el mismo momento del nacimiento. Para cortarlo es necesario algo más que una muerte, y de nada sirve oponer resistencia.

Cuando él apareció, yo no tenía ni idea.

Digo que apareció, porque fue realmente así. Una mañana de mayo apareció de repente. Yo estaba sentado en el banco, con el cuello de la chaqueta levantado. Una paloma alzó el vuelo. Me sentí mareado por su aleteo. Al cerrar y volver a abrir los ojos, él estaba allí.

Un *salaryman*^{*}. De unos cincuenta y cinco años. Llevaba un traje gris, una camisa blanca, una corbata a rayas rojas y grises. A su derecha balanceaba un portafolios de cuero marrón. Caminaba, balanceándolo arriba y abajo, con los hombros inclinados hacia delante, la mirada esquiva. Un aire de cansancio. Sin mirarme, se sentó en el banco situado frente al mío. Cruzó las piernas. Permaneció así. Inmóvil. El rostro tenso, esquivo. Esperaba algo. Algo iba a pasar. Ya mismo, en ese instante. Poco a poco sus músculos fueron relajándose y se recostó emitiendo un suspiro. Un suspiro que en él parecía ser un acontecimiento inusitado.

Tras una mirada fugaz al reloj, se encendió un cigarro. El humo ascendía formando círculos. Este fue el comienzo de nuestra relación. Percibí un olor agrio. El viento hacía llegar el humo hasta mí. Antes de que hubiésemos podido decirnos nuestros nombres, fue aquel viento el que nos presentó.

^{*} Las palabras que aparecen con asterisco van en el glosario (véase página 123).